

LA INDUSTRIALIZACIÓN EN BOGOTÁ

ENTRE 1830 Y 1930

Un proceso lento y difícil

Elber Berdugo Cotera

Berdugo Cotera, Elber Enrique

La industrialización en Bogotá entre 1830 y 1930 : un proceso lento y difícil /
Elber Enrique Berdugo Cotera. – Bogotá: Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano.
Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas, 2019.

276 páginas : ilustraciones, fotografías ; 17x24 cm

ISBN digital: 978-958-725-246-0

1. Industrialización - Bogotá (Colombia) - 1830-1930. 2. Industrias manufactureras -
Bogotá (Colombia) - 1830-1930. 3. Empresas - Historia - Colombia - 1830-1930. 4.
Empresarios - Bogotá (Colombia). I. Tít.

CDD338.0986148

Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano
Carrera 4 n.º 22-61 – PBX: 2427030 – www.utadeo.edu.co

Cecilia María Vélez White
Rectora

Margarita María Peña Borrero
Vicerrectora Académica

Nohemy Arias Otero
Vicerrectora Administrativa

Carlos Andrés Brando Salamanca
**Decano de la facultad de Ciencias Económicas
y Administrativas**

Fernando Locano Botero
Director Escuela de Administración, Contaduría y Mercadeo.

EQUIPO EDITORIAL
Marco Giraldo Barreto
Jefe de Publicaciones

Luis Carlos Celis Calderón
Coordinación gráfica y diseño

Mary Lidia Molina Bernal
Coordinación editorial

Juan Carlos García Sáenz
Coordinación revistas científicas

Sandra Guzmán
Distribución y ventas

María Teresa Murcia Cruz
Asistente administrativa

ISBN digital: 978-958-725-246-0
<https://doi.org/10.21789/9789587252453>

EDICIÓN
Carolina Méndez Téllez
Corrección de estilo

Luis Carlos Celis Calderón
Diseño de portada

Luis Carlos Celis Calderón
Pauta gráfica, diagramación y fotografía

Mary Lidia Molina Bernal
Revisión editorial

Panamericana Formas e Impresos S.A.
Impresión

PORTADA: Foto de la Fábrica de vidrios Fenicia, fundada en 1896 en la calle 22 con carrera 3ª. Autor: Saúl Ortiz, 1952. Fondo Saúl Orduz. Instituto Distrital de Patrimonio Cultural-Colección Museo de Bogotá. (©) Museo de Bogotá e Instituto Distrital de Patrimonio Cultural (IDPC).

El presente libro es resultado del proyecto de investigación La industrialización en Bogotá: 1900-1930, reconocido en la Dirección de Investigación, Creación y Extensión de la Universidad Jorge Tadeo Lozano con código interno 599-10-13, aprobado con resolución 011 del 26 de febrero de 2014

En nombre de la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, Editorial UTadeo le agradece a usted, el lector de esta obra, por apoyar el trabajo de todas las personas que hacen posible que el conocimiento llegue a sus manos al adquirir este texto de manera legal. Asimismo, le agradecemos el interés por el conocimiento que producen nuestros investigadores, y el apoyo que pueda darnos para que éste tenga un mayor alcance.

**LA INDUSTRIALIZACIÓN
EN BOGOTÁ**
ENTRE 1830 Y 1930

Un proceso lento y difícil

Elber Berdugo Cotera

Dedicatoria

Al Maestro Carlos Dávila Ladrón de Guevara,
una persona muy importante en mi trayectoria
docente e investigativa.

Agradecimientos

Agradezco a la Universidad Jorge Tadeo Lozano por financiar el proyecto de investigación y la publicación de este libro. Al doctor Fernando Locano Botero, Director de la Escuela de Administración, Contaduría y Mercadeo por su apoyo. Al profesor Salomón Kalmanovitz, quien avaló la propuesta de investigación, leyó el informe final e hizo sugerencias para mejorar la versión preliminar. Al licenciado Marco Giraldo, Jefe de Publicaciones y a Luis Carlos Celis, quien tomó las fotos del libro, por su profesionalismo y su diligencia para que el libro se publicara oportunamente. A Carolina Méndez Téllez, por su cuidadosa lectura y corrección, a Mary Molina por su revisión editorial para enviar a la imprenta, y a Alberto Mayor Mora, quien revisó el texto, hizo comentarios que lo enriquecieron y proporcionó documentos para algunas fotos.

Contenido

Prólogo	13
Introducción	17
Capítulo 1	
Balbucesos iniciales de la industria en Bogotá, 1830-1849	27
1.1. Primeros esfuerzos para crear empresas manufactureras	29
1.2. Marco económico y social de las primeras iniciativas empresariales	34
1.3. Estado de las empresas manufactureras bogotanas en la década de 1830	37
1.4. Empresas manufactureras constituidas en Bogotá entre 1830 y 1839	41
1.5. Comportamiento de la actividad manufacturera en la década de 1840	41
1.6. Empresas manufactureras creadas en Bogotá entre 1840 y 1849	43
Capítulo 2	
El liberalismo laissez-faire y la actividad empresarial en Bogotá, 1850-1879	47
2.1. El liberalismo radical: el desarrollo económico y sus políticas	49
2.2. Efectos de las reformas del liberalismo sobre la actividad económica en Bogotá	51
2.3. Resurgimiento de la actividad industrial en la década de 1870	57
2.4. Empresas manufactureras constituidas entre 1870 y 1879	62
Capítulo 3	
La Regeneración y su incidencia económica en Bogotá, 1880-1899	65
3.1. El papel del Estado en el impulso del desarrollo económico y la actividad manufacturera	67
3.2. Transformaciones materiales, económicas y sociales en Bogotá	75
3.3. Comportamiento de la actividad manufacturera en Bogotá entre 1880 y 1899	79
3.4. Empresas manufactureras constituidas en Bogotá entre 1880 y 1899	88

Capítulo 4

Rafael Reyes y la industrialización en Bogotá, 1900-1909	95
4.1. Causas de la Guerra de los Mil Días y consecuencias para el país	97
4.2. Efectos económicos y empresariales de la Guerra de los Mil Días en Bogotá	102
4.3. El Estado y el fomento de la actividad económica y de la manufacturera	105
4.4. Cambios materiales, económicos y sociales en Bogotá	112
4.5. Empresas manufactureras constituidas en Bogotá entre 1900 y 1909	119
4.6. Empresas manufactureras importantes creadas en Bogotá entre 1900 y 1909	124

Capítulo 5

La Primera Guerra Mundial y la industrialización en Bogotá, 1910-1919	141
5.1. Efectos de la Primera Guerra Mundial en la economía del país y de Bogotá	145
5.2. Empresas manufactureras constituidas en Bogotá entre 1910 y 1919	148
5.3. Empresas manufactureras importantes creadas en Bogotá entre 1910 y 1919	152

Capítulo 6

El despegue industrial definitivo de Bogotá entre 1920 y 1930	169
6.1. Factores determinantes del crecimiento de la economía colombiana en la década de 1920	171
6.2. Efectos del comportamiento macroeconómicos en el sector empresarial	172
6.3. Consecuencias para Bogotá de la actividad económica del país	177
6.4. Empresas manufactureras constituidas en Bogotá entre 1920 y 1930	179
6.5. Las empresas más importantes creadas en Bogotá entre 1920 y 1930	184

Conclusiones	197
---------------------	------------

Referencias	203
Fuentes primarias	203
Fuentes secundarias	204

Anexos	213
Anexo 1. Empresas fundadas en Bogotá entre 1900 y 1909	215
Anexo 2. Empresas fundadas en Bogotá entre 1910 y 1919	232
Anexo 3. Empresas manufactureras constituidas en Bogotá entre 1920 y 1930	253

Índice de tablas

Tabla 1	
Empresas manufactureras creadas en la década de 1830	41
Tabla 2	
Empresas manufactureras creadas en la década de 1840	43
Tabla 3	
Empresas manufactureras creadas en la década de 1870	62
Tabla 4	
Ferrocarriles construidos entre 1882 y 1899 para conectar a Bogotá con su zona de influencia y el río Magdalena	76
Tabla 5	
Empresas manufactureras creadas en Bogotá entre 1880 y 1899	88
Tabla 6	
Precios en reales de víveres por arroba en Bogotá entre 1898 y 1905	103
Tabla 7	
Variación porcentual del índice de salario real en Bogotá entre 1899 y 1904	103
Tabla 8	
Ferrocarriles construidos entre 1900 y 1910 para conectar a Bogotá con su zona de influencia y el río Magdalena	115
Tabla 9	
Empresas manufactureras creadas en Bogotá entre 1900 y 1909	119
Tabla 10	
Empresas manufactureras creadas en Bogotá entre 1910 y 1919	148
Tabla 11	
Empresas manufactureras creadas en Bogotá entre 1920 y 1930	180

Prólogo

Salomón Kalmanovitz

En la literatura sobre el desarrollo industrial en Colombia existe una variedad de estudios regionales para el caso de Antioquia, Barranquilla y Cali, pero en cambio son escasos los que se han focalizado en Bogotá, con la gran excepción de la investigación de Frank Safford (1965), “Comercio y empresa en la Colombia central” y algunos más que el autor de la presente examina crítica y exhaustivamente. La contribución de Elber Berdugo en este libro es precisamente la de profundizar el análisis en sus épocas más desconocidas, como fueron la de la protoindustria durante el siglo XIX, los incentivos que introdujo la Regeneración (1886-1899) que se malograron con el envilecimiento de la moneda y las guerras civiles y los más serios que desplegó el general Reyes (1905-1909) después de la Guerra de los Mil Días y las correspondientes a las dos décadas siguientes (1910-1930). Berdugo explica que el despegue de la industria como tal se dio a partir de 1920, cuando el país disfrutaba de una larga bonanza cafetera que generó una demanda creciente por manufacturas y, a la vez, se abrió al mundo para recibir inversiones y préstamos extranjeros.

Las condiciones requeridas para la industrialización estuvieron lejos de estar dadas durante todo el siglo XIX en Colombia. Se trataba de una estructura económica semi-feudal, en la que la agricultura se apoyaba en arrendatarios y aparceros que laboraban las tierras de latifundistas, con algunos parches de pequeños propietarios en la región antioqueña y en el Tolima, unas ciudades pequeñas que reflejaban la escasa división del trabajo, donde se asentaban comerciantes y terratenientes que demandaban artículos de artesanos y servicios de empleados domésticos. No había una masa proletaria desposeída de medios de producción ni disciplinada por la necesidad y la arbitrariedad de la máquina de vapor o los despiadados capataces. Las fábricas que se intentaron montar debían importar no sólo la maquinaria y

los ingenieros, sino también los trabajadores, como lo revela Berdugo para Bogotá y a su vez Tatiana Machler en su relato sobre la Ferrería de Pacho, operarios que además debían ser católicos para no despertar expresiones airadas de rechazo organizados por los curas contra la herejía protestante que hacía su aparición en estas olvidadas tierras.

Por lo demás, los protoempresarios enfrentaban una geografía compleja, difícil de adecuar para establecer comunicación con el mundo y también entre las diferentes regiones del país. Los intentos de encontrar productos de exportación fueron frecuentes, pero fallidos y el país dependió de las divisas provistas por la exportación de oro antioqueño, y las temporales de cueros, tabaco, quina y añil hasta que el café comenzó a exportarse desde el Estado Soberano de Santander, después desde Cundinamarca y Tolima y finalmente por toda la región de colonización antioqueña, garantizando al fin un excedente voluminoso en divisas que sacudieron toda la estructura social durante el siglo XX y que además generó condiciones de demanda tal que permitieron el desarrollo de economías de escala en la producción nacional.

El mercado monetario era regulado por la Iglesia católica, institución que ostentaba un cuasi monopolio del crédito y cuya tasa de interés de 5% parecía carcomer toda la renta que se podía generar bajo las atrasadas condiciones de trabajo de las haciendas. En los bordes del sistema eclesial de crédito surgían agiotistas y aventureros, hasta que se organizó la banca libre por los gobiernos del federalismo a partir de 1870. Su desarrollo fue rápido y tuvo resultados favorables, aunque era vulnerable a las corridas de depósitos en tiempos de guerras civiles. El modelo de banca libre se vio frustrado por la introducción del Banco Nacional, fundado por la Regeneración en 1881 que asumió el monopolio de la emisión monetaria y abusó de ella para financiar al gobierno y las guerras civiles que provocó el cambio de régimen, y además de esto, para que atendiera en menor medida a las empresas productivas que pudieran surgir bajo condiciones tan adversas. Para rematar, la inestabilidad política fue una constante en el periodo estudiado: las guerras civiles parciales y totales que frustraron el desarrollo de la mayor parte de las iniciativas empresariales en el tiempo.

Las condiciones de financiamiento mejoraron después de 1905, pero no hubo emisión monetaria hasta la fundación del Banco de la República en 1923, de tal modo que las tasas de interés reales eran altas. Después de 1923, las tasas se reducen sustancialmente y la industria podrá contar con recursos que debieron contribuir a su desarrollo. De esta manera, hubo grandes dificultades también para financiar el inicio y funcionamiento de empresas agropecuarias o industriales que se fueron superando sistemáticamente. Más importante aún, el acuerdo político que surgió después de la Guerra de los Mil Días, basado en el mecanismo del voto incompleto que otorgaba un tercio de todas las posiciones de elección popular y en el ejecutivo al partido que perdiera las elecciones, garantizó la paz que reinó en el país de allí en adelante. El acuerdo fue puesto en la práctica durante el quinquenio de Reyes (1905-1909), pero se consolidó constitucionalmente durante el gobierno del conservador moderado Carlos E. Restrepo (1910-1914). Esa nueva estabilidad fue fundamental para que los proyectos productivos y su financiamiento fructificaran en el largo plazo y permitieran la industrialización de Bogotá y del país.

Berdugo introduce el análisis de los procesos de urbanización de Bogotá que se manifiestan en especial después de 1870 y de la provisión de los servicios públicos, así como también, de los progresos que obtiene el país en materia de transporte fluvial, de ferrocarriles y de caminos para mulas y carretas que van conectando a la capital del país con todos los municipios de la Sabana, y que disminuyen el costo y el tiempo de transporte entre el puerto fluvial de Honda y Bogotá con el fin de determinar los efectos que produjeron en la industrialización de la ciudad.

La contribución de esta obra de Berdugo es la focalización que hace sobre el desarrollo industrial que tiene lugar en un territorio demarcado que se convertirá en el núcleo del proceso nacional. Es una visión de la industria desde una región que ilustra su dinámica y que contribuye a entender mejor la génesis de la industrialización del país.

Introducción

En Bogotá, a partir de la década de 1830 se impulsaron varios proyectos encaminados a establecer empresas manufactureras. Hasta principios de los años setenta no se avanzó mucho en esa dirección. La mayoría de las empresas constituidas habían desaparecido a pesar de los apoyos del Estado, y las que permanecieron no fueron eficientes ni podían considerarse fábricas propiamente, si se compara con lo que significaba el término en Europa. Sólo desde la segunda mitad de esta década y, sobre todo, al comenzar la de los noventa, se inició un proceso en cierta medida exitoso, pero lento, con altibajos, de creación de unas pocas empresas industriales que lograron sortear las dificultades del contexto, sobrevivir, crecer y ser rentables. En conclusión, los resultados durante el siglo XIX no fueron buenos para las empresas manufactureras.

¿A qué se debieron esos pobres resultados? Varias de las razones que se exponen en este trabajo sobre Bogotá coinciden con las que enumeran Carlos Brando y Salomón Kalmanovitz al referirse a las causas del atraso industrial de Colombia en el siglo XIX.

En primer lugar, la pugna en torno a la construcción de un Estado poscolonial, mientras que la inserción en el mercado mundial había sido exitosa pero precaria hasta que se comenzó a exportar café. De esta manera, se habían perdido preciosas décadas de prosperidad y no se construyó la infraestructura requerida para vincularse a la economía mundial.

En segundo lugar, Colombia, como cualquier país cuyo progreso industrial no se basaba en el desarrollo autóctono de innovaciones tecnológicas de bienes industriales y de sus procesos de producción, estaba destinada a importar parte de su industrialización. Dicha transferencia se veía condicionada por el dinamismo de su sector externo, que definía la capacidad de pago de las importaciones de maquinaria, equipos e insumos estratégicos

de la producción industrial. Pero no sólo habían sido muy volátiles las experiencias exportadoras colombianas del siglo XIX, sino que gran parte de los ingresos derivados de ellas se dedicaba a importaciones de bienes de lujo, frustrando así esa transferencia efectiva.

La tercera causa residía en el tamaño relativamente pequeño del mercado para productos manufacturados, fragmentado claramente por economías regionales aisladas por costos de transporte altísimos, y en el cual, además, la demanda estaba condicionada por un ingreso por habitante magro y de lento crecimiento. (Brando y Kalmanovitz, 2016, p. 201)

¿Cuál fue el comportamiento de la actividad industrial en Bogotá durante las tres primeras décadas del siglo XX? En este periodo, algunas empresas que se fundaron en las tres últimas décadas del siglo XIX se consolidaron. También, se constituyeron otras en sectores como: alimentos, bebidas, tabaco, textiles, confección de prendas de vestir, curtiembre, calzado, papel, impresión, productos químicos, minerales, muebles, entre otros con el predominio de alimentos y bebidas. Todo esto fue posible porque las condiciones económicas, sociales, políticas, institucionales y materiales del país y de Bogotá evolucionaron de manera favorable incidiendo de forma positiva en la transformación del sector manufacturero después de superada la Guerra de los Mil Días de 1899-1902 que destruyó en algunas regiones la riqueza agropecuaria y la infraestructura y que además de aislar al país del resto del mundo durante casi cuatro años, paralizó el aparato productivo, trajo como consecuencia la pérdida de su más rica provincia, Panamá y dio lugar a la hiperinflación del 400% en 1900 y 330% en 1902 resultado de las políticas monetarias expansionistas establecidas por la Regeneración para financiar en buena parte los ejércitos y mantener el poder.

Kalmanovitz (2016) sostiene que la situación difícil que vivió el país durante la Guerra se superó en los años siguientes al generarse un cambio estructural que permitió el desarrollo económico (el crecimiento del PIB real entre 1905 y 1924 fue del 5,4% y del 7% en promedio entre 1920 y 1929, muy bueno, si se compara con el pobre crecimiento en el siglo XIX que fue del 1,8%) el cual se sustentó en la

inserción permanente de Colombia en la economía internacional y transformó un país en conflicto, de hacendados y campesinos en otro urbano e industrial.

Unas instituciones políticas y legales centralizadas adquirieron nueva vida, se tornaron más tolerantes, y apoyaron el desarrollo capitalista que finalmente despegó para Colombia, después de un siglo prácticamente perdido. Hubo compromisos de Estado de respetar la oposición política, otorgándole una parte del poder, de no utilizar impuestos confiscatorios y de no abusar de la emisión inflacionaria, que sentaron las condiciones de paz y confianza necesarias para desatar la acumulación privada de capital en el país. (Kalmanovitz, 2016, p. 117)

Esa acumulación de capital provino fundamentalmente del despegue de la economía cafetera que favoreció el crecimiento industrial en los primeros treinta años del nuevo siglo. Para Brando y Kalmanovitz (2016) el auge exportador proveniente del occidente del país generó varios efectos positivos en el sector industrial:

primero, la atomización de las rentas cafeteras representó un crecimiento en los ingresos de una clase media emergente, que se materializó en una demanda interna sostenida de artículos de consumo, un caso típico de crecimiento smithiano (la división y especialización del trabajo conducen a mayor productividad y riqueza, trazando un círculo virtuoso de crecimiento sostenido); segundo, el mejoramiento de la infraestructura de transporte vial, férreo y fluvial, así como de las adecuaciones portuarias, redujo los costos de fletes y, por ende, generó mayor variedad en la oferta de bienes, integrando más los mercados regionales y perfilando uno de carácter nacional; tercero, una parte significativa de los nuevos capitales industriales encontró su origen en la producción y comercialización del café.

Por otra parte, el café dio lugar al más grande excedente económico hasta entonces conocido que se materializó en divisas que se utilizaron para financiar el capital fijo de la industria que estaba surgiendo en Barranquilla, Medellín y Bogotá. (Brando y Kalmanovitz, 2016, pp. 202-203)

Esta apreciación de Kalmanovitz de que hubo un crecimiento industrial la comparten otros autores aun cuando precisan que fue lento. Según Echavarría, Villamizar y González (2007, p. 175) la dinámica industrial de Colombia fue baja hasta la década de los treinta: entre 1901 y 1909 apenas se crearon ocho plantas industriales (con más de diez trabajadores) “modernas”; 27 entre 1910 y 1919, y 54 entre 1920 y 1929. La producción industrial –afirman los autores– provino del sector de Alimentos, bebidas y tabaco con una participación del 67,6% entre 1901 y 1909; del 64% entre 1910 y 1919 y del 79% para 1920-1929, seguida por el sector Textiles, confecciones y artículos de cuero con 32% en 1901-1909; 4,2% en 1910-1919 y 8,7% para 1920-1929 y para resaltar al sector Papel e imprenta en el periodo 1910-1919 con un 25,5% (Echavarría, Villamizar y González, 2007, p. 175). En términos generales, estos resultados son semejantes a los obtenidos en la presente investigación sobre Bogotá pese a que la clasificación no siempre coincide con la utilizada por los autores citados y a que en ésta se incluyeron, además, las empresas manufactureras con menos de diez trabajadores.

En el presente libro se identifican los factores económicos, materiales, sociales, políticos e institucionales más importantes que explican el origen y desarrollo de la industria en Bogotá entre 1830 y 1930. Esto para tratar de explicar por qué el crecimiento tan pobre del sector industrial de la ciudad en el siglo XIX, así como para determinar cuáles fueron los principales factores que condujeron a que la actividad industrial de la capital colombiana se expandiera durante las primeras tres décadas del siglo XX. Adicionalmente, se pretende reconocer los principales agentes económicos fundadores y propiciadores del desarrollo del sector industrial en Bogotá durante ese mismo periodo.

En términos metodológicos, este trabajo es de carácter descriptivo y explicativo. Para la elaboración del periodo correspondiente al siglo XIX se acudió sobre todo a fuentes secundarias. La construcción del siglo XX se basó en fuentes primarias: escrituras de las Notarías 1ª a la 5ª que reposan en el Archivo General de la Nación y algunos periódicos y revistas de la época. También se recurrió a fuentes secundarias: libros, artículos y otros trabajos relacionados con la economía, la política, aspectos sociales, la industrialización, las empresas y los empresarios en Bogotá.

¿Qué justifica este libro? El economista e historiador Jesús Antonio Bejarano anotaba que, a pesar de las interminables discusiones sobre la caracterización de la industrialización del país, sus determinantes y sus etapas, la historia de ese sector apenas comenzaba:

a despecho de los avances logrados en los años recientes, aún existen enormes vacíos en la temática industrial y especialmente en lo que se refiere al periodo anterior a 1920. En rigor, la mayor parte de los estudios son de carácter general y se refieren al siglo XX, especialmente al periodo de los años treinta y a los decenios posteriores. De hecho, sólo el 6,8% del total de estudios sobre industria se ocupan del siglo XIX... En cuanto a una comprensión global de la historia industrial hay un enorme vacío en el periodo que va desde la independencia hasta los años treinta. (Bejarano, 1994, pp. 128-129)

Y agregaba:

Sin embargo, la historia industrial a nivel regional ha registrado avances significativos especialmente en lo que se refiere a la región antioqueña. En gran parte, los estudios se han centrado ahí no sólo por ser Antioquia la de mayor dinamismo industrial desde el siglo XIX, sino por las obvias relaciones entre historia industrial e historia cafetera; se dispone también, aunque más restringidamente, de estudios para otras regiones especialmente el Valle del Cauca y en menor medida la Costa y el Viejo Caldas. (Bejarano, 1994, p. 129)

Como se colige de estas apreciaciones, ellas indicaban que sobre Bogotá no existían trabajos que dieran cuenta de ese proceso. A finales de 2018 esta afirmación sigue siendo válida, en razón a que no existe uno que abarque el periodo objeto del presente libro: 1830-1930. Hay sí algunos sobresalientes como el de Ospina (1955) –pionero– que aun cuando su propósito fue tratar el tema de la industria y la protección en el país en general, trae referencias detalladas de las empresas manufactureras de Bogotá entre 1810 y 1930 y los de Safford (1965), una tesis doctoral que se ocupa de los empresarios y sus empresas en la ciudad

entre 1821 y 1870 y ofrece una visión panorámica del empresariado, de la actividad de los empresarios, su ascendencia y de las características de las empresas en la Capital durante cincuenta años del siglo XIX y los artículos publicados en 1977 y 1986 que se desprenden de su trabajo de grado y que se centran en la actividad manufacturera. Los escritos de Safford merecen mención especial, por cuanto pueden considerarse como los más serios que hasta el día de hoy se han realizado del empresariado de la región central y quizás el único minucioso respecto de Bogotá. Se caracterizan por el gran acopio de fuentes primarias y secundarias utilizadas.

Así mismo, vale la pena resaltar, el capítulo de Pallares (1984) cuyo objetivo fue identificar las principales familias que dominaban la actividad empresarial en Bogotá hacia finales del siglo XIX y las tres primeras décadas del siglo XX. El escrito trae una relación de las empresas más importantes constituidas entre 1902 y 1929. La base de su trabajo son fuentes primarias como los Juzgados Civiles del Circuito, las Notarías y la Cámara de Comercio de la Capital y memorias de ministros. Igualmente, a destacar, el estudio de Ariza y Roldán (2011) por los datos de las empresas constituidas en la ciudad en el siglo XIX y las tres primeras décadas del siglo XX –a pesar de que se basa en fuentes secundarias– y por la agrupación que realiza de ellas dando cuenta del número existente en 1930. También, el artículo de Rodríguez (1990) sobre las raíces históricas de la industria bogotana entre 1830 y 1897 sustentado en fuentes secundarias. Finalmente, el artículo de Poveda (1970) y su libro (1976); la monografía de Weiss (1980); el libro de Kalmanovitz (1984); y el capítulo de Mayor (1989) en los que es posible identificar aspectos relacionados con la política económica, apartados sobre empresarios y empresas constituidas en la Capital de la República.

El aporte del presente libro consiste en reconstruir documentalmente un panorama general de los orígenes y el desarrollo de la actividad manufacturera de Bogotá entre 1830 y 1930 a partir de trabajos publicados sobre el tema que se ocuparon de algunos periodos parciales y la consulta de nuevas fuentes como las notariales para las tres primeras décadas del siglo XX.

Se espera que el libro complemente los trabajos publicados en Colombia sobre la industrialización en algunas ciudades durante el siglo XIX y especialmente, 1900-1930 como los de Arango (1977), Botero (1984), Conde (1991), Meisel y Posada (1993), Ordóñez (1995), Zambrano (1998), Giraldo (2001), Solano (1993, 1994, 2009 y 2009a). Se aspira que este libro permita hacer comparaciones de los procesos de industrialización entre esas ciudades y tener un cuadro más completo de lo ocurrido en el país en el periodo 1830-1930.

El libro está conformado por seis capítulos, además de esta introducción.

El capítulo 1 “Balbucesos iniciales de la industria en Bogotá, 1830-1849” describe algunos de los intentos realizados para constituir empresas manufactureras y el contexto económico y social existente en esos años, las empresas creadas, los apoyos recibidos del Estado, la situación de ellas, las razones de la desaparición o fracaso de las iniciativas acometidas y del estancamiento industrial.

El capítulo 2 “El liberalismo laiseferista y sus efectos en la actividad empresarial en Bogotá, 1850-1879” se ocupa del liberalismo radical, su concepción del desarrollo económico y de las medidas puestas en marcha para impulsarlo, de los efectos que tuvieron en la actividad económica y manufacturera en Bogotá. También del resurgimiento de la actividad manufacturera en la década de los setenta y de las empresas manufactureras constituidas en Bogotá en esos años.

El capítulo 3 “La Regeneración y su incidencia económica en Bogotá, 1880-1899” trata de las consecuencias de la intervención del Estado en el desarrollo económico y la actividad manufacturera en la ciudad, de las transformaciones materiales, económicas y sociales en Bogotá, de las empresas manufactureras constituidas y algunas de sus características.

El capítulo 4 “Rafael Reyes y la industrialización en Bogotá, 1900-1909” da cuenta del contexto económico y social de Colombia durante el periodo, de los efectos económicos de la Guerra de los Mil Días en Bogotá, del rol del Estado en el fomento de la actividad económica en general y de la manufacturera en particular en Colombia y en la Capital, de los cambios materiales, económicos y sociales en esta, de las empresas manufactureras constituidas y algunas de sus características.

El capítulo 5 “La Primera Guerra Mundial y la industrialización en Bogotá, 1910-1919” se refiere a algunas reformas implementadas por el gobierno nacional, al comportamiento de la actividad económica, a las consecuencias de la Primera Guerra Mundial en la actividad económica y empresarial del país y de Bogotá, a las empresas manufactureras constituidas en Bogotá, al sector económico al que pertenecían y algunas de sus características.

El capítulo 6 “El despegue industrial definitivo de Bogotá, 1920-1930” enfatiza en los factores determinantes del crecimiento de la economía colombiana en la década de los veinte, en sus resultados en el ámbito económico, social y empresarial del país y en los efectos del desenvolvimiento sobre Bogotá y describe las empresas manufactureras constituidas, sector económico al que pertenecían y algunas de sus características.

Francisco Sainz P.

La industria mater

EN LA ALTIPLANICIE DE BOGOTA

CAPÍTULO
1

**Balbucesos iniciales
de la industria en
Bogotá, 1830-1849**

1.1. Primeros esfuerzos para crear empresas manufactureras

Los primeros intentos por establecer empresas manufactureras en el país se dieron, sobre todo, en la tercera década del siglo XIX y contaron con una política económica de fomento del Estado. Fue algo común que éste otorgara privilegios con el propósito de incentivar el desarrollo empresarial en el territorio, por ejemplo, derecho exclusivo para aplicar a una producción un procedimiento técnico determinado, por cierto tiempo, y en un territorio específico. Este derecho no implicaba que el producto protegido no se pudiera fabricar con otra técnica distinta. En esa década el Estado expidió una serie de disposiciones legales para el fomento industrial como las siguientes:

dar primas y otras ventajas a los que establecieran por primera vez cultivos o manufacturas: al primero que beneficiara en el país el lino o lo tejiera; al primero que fabricara tejidos de algodón, por lo menos de tres cuartos de ancho, tan finos y tupidos como los conocidos en el comercio con el nombre de doméstica del Norte, fulas o liencillos, y ventajas mayores al primero que los fabricara más finos, y del mismo ancho; al primero que fabricara paños de lana, o bayetas de las llamadas “fajuelas o cien hilos”. (Ospina, 1955, p. 164)

En el caso de Bogotá, el Gobierno concedió privilegio mediante decreto promulgado en marzo de 1832 a Rufino Cuervo, José María Chaves, José de Jesús Oramas, Rafael Álvarez, Luis Montoya, Ángel María Chaves, José María Álvarez y Joaquín Acosta, con el fin de crear una fábrica de loza fina,¹ incluso de porcelana.

1 Respecto de la historia de su creación, el historiador Sergio Elías Ortiz la cuenta con detalles. José Ignacio París en sus cartas que remitía desde París, lugar en el cual adelantaba sus estudios, al General [sic] Joaquín Acosta (geógrafo, geólogo y prócer como él de la Independencia) y

quien sentía gran interés por todo lo que fuera fuente de riqueza para su patria, lo invitaba a pensar en grande en la creación de la industria nacional, donde todo estaba por hacerse: “La Nueva Granada es rica en materiales de todo orden que pueden servir para implantar fábricas de manufacturas que costarían menos allá que importadas de estos países, con beneficio de nuestros compatriotas y aumento de riquezas para nuestro país, si algún día se alcanzara para la exportación” (Ortiz, 1964, pp. 1994-1999). Sugería París el montaje de una fábrica de loza fina y aun de porcelana que tenía un gran consumo en América, tomando en cuenta que las materias primas se hallaban en la sabana de Bogotá. Asimismo, proponía el montaje de otras empresas como las de fundición de hierro, fabricación de papel, de tejidos y de vidrio, con el apoyo de expertos europeos. Ortiz relata cómo el General [sic] Acosta, ilustre geógrafo, un auténtico representante fiel de esos anhelos de superación en la vía del progreso tomó con entusiasmo la idea de la fábrica de loza fina, comunicándola al doctor Rufino Cuervo, otro entusiasta del adelanto de la Nueva Granada. Luego de ponerse de acuerdo, se reunieron con otras personas interesadas en negocios en grande, creando la Sociedad de Industria Bogotana. Lo primero que hizo la sociedad fue gestionar la consecución de obreros técnicos en la materia en Europa, lo mismo que de maquinaria y materiales de difícil adquisición en el mercado de Bogotá. Al mismo tiempo, hizo los trámites para que se le otorgara el privilegio de explotación exclusiva en las provincias de Bogotá, Tunja, Socorro, Mariquita y Neiva. Obtenido este, se procedió a la construcción del edificio de la fábrica en un lote que había sido de propiedad de la Compañía de Jesús a espaldas de la ermita de Belén, en el extremo oriental de la calle 5a, donde se pudo aprovechar el galpón de una antigua alfarería de los jesuitas. En palabras de Ortiz: “Se trabajó con todo entusiasmo en la obra, pero como el capital hasta allí aportado no era de consideración y ya andaban corridos dos años, sin que hubiera podido principiarse el montaje de la fábrica, los accionistas para curarse en salud del riesgo que corrían si en el año siguiente no estaba ella funcionando (pagar cuatro mil pesos de multa a beneficio del tesoro nacional), acudieron al poder legislativo para solicitar una prórroga de dos años más del término señalado, que les fue concedida por decreto de 2 de mayo de 1834. Ocurrió, empero, que cuando estaba para terminarse la nueva construcción, esta se incendió en la noche del 22 de julio de 1834, lo que aumentó las dificultades y los gastos de los socios de la incipiente industria y su organización” (Ortiz, 1964, p. 1995). Y agrega: “No se desalentaron los accionistas con esta contrariedad, ni se pusieron a indagar si en el incendio hubo manos criminales o simple descuido, antes bien con el regreso del General [sic] Acosta al país trayendo consigo a los técnicos Juan y Roberto Peak y dos obreros más especializados en la industria de la cerámica, aumentó el número de socios, se reconstruyó el edificio incendiado, se hizo el montaje en toda regla y empezó la producción de loza, justo cuando se iba a terminar el plazo concedido con la prórroga. Cinco años duró la construcción, montaje y producción. Pese a los tropiezos, estos empresarios movidos más por empeño patriótico, que, por ambiciones de lucro personal, como primer intento de largo alcance en el porvenir económico del país, de abastecerla con los propios recursos de su suelo y conservarle la riqueza que se consumía con la importación, siguieron adelante” (Ortiz, 1964, pp. 1995-1996).



Figura 1. Jarrón de cerámica conmemorativo del contrato de construcción del Ferrocarril del Cauca, 1878. Presidente Manuel Murillo Toro. Producto de la Fábrica de Loza de Bogotá. Archivo: Alberto Mayor Mora.

El tiempo de duración del privilegio fue de ocho años, con un plazo de tres años para el montaje. No se descartaba la posibilidad de importar loza y porcelana extranjeras, ni prohibía la introducción al territorio reservado, de la que se fabricara en otras provincias de la Nueva Granada. Este privilegio no se relacionaba con la fabricación de artículos toscos de cerámica que era relativamente importante en algunas regiones del territorio afectado. En mayo de 1834 se extendió el plazo hasta el 31 de diciembre de la misma anualidad y se amplió por dos años el tiempo dado para empezar la producción. La intención de establecer esta empresa fue la de sustituir la importación de loza fina proveniente de Europa, redimiendo al país de la carga que venía soportando con su introducción.

En mayo de 1834 se le otorgó privilegio a Martín Peralta y Compañía con el fin de que fabricaran papel por diez años con seis meses de plazo para el montaje. Debido a algunos tropiezos se amplió por otros 16 meses en mayo de 1835. En el mismo mes de mayo de 1834, el Gobierno concedió privilegio a Juan María Caballero para la fabricación de vidrios y cristales por diez años con plazo de 18 meses para el montaje. En mayo de 1837 se les concedió privilegio a los señores José Tiburcio Pieschacón, Manuel Ramos, José Gregorio Villafrádez y Compañía, para establecer fábricas de tejidos de algodón en las cuales se manufacturaran lienzos (como los llamados del Norte) y fulas, por ocho años, con plazo de dos años para el montaje.

Safford argumenta que esta época en la cual la élite colombiana tomó la iniciativa empresarial estuvo signada por disturbios políticos. Fue una época en la que muchos capitales de nacionales y extranjeros se transfirieron a otros países o a otras regiones del territorio, con el fin de protegerse de las guerras civiles, y que como consecuencia de aquellos y de éstas, se generó una profunda depresión económica alrededor de Bogotá que se expresó en un descenso de los precios a la mitad de los niveles de 1820 y en un aumento del tipo de interés en la Capital hasta alcanzar entre el 2% y el 5% mensual (Safford, 1977). Por ejemplo, la Guerra de los Supremos (1839-1842) trajo consigo hambrunas generalizadas que desencadenaron epidemias y falta de abastecimiento; afectaron el giro de los negocios y el comercio en particular, como se muestra en el caso de la Fábrica de Algodón que se

vio perjudicada por escasez de algodón y de mano de obra, pues a sus trabajadores se les había llevado al campo de batalla. Sobre los efectos de la Guerra, Martínez anota lo siguiente:

A esa imagen desmembrada de la Capital, a esa depresión anímica de sus habitantes, contribuyó con los aportes más funestos la Guerra de los Supremos iniciada en 1839, con pretextos religiosos, que se extendió cual tormenta recia por todo el territorio nacional para amainar en 1841 dejando como saldo miles de vidas segadas, y por doquier miserias y abominaciones. Se presentó en los días en que, tras nueve años de paz comenzaba la recuperación de las actividades agrícolas y comerciales y que en consecuencia quedaron abatidas. La fábrica de loza fina, que había iniciado su producción en 1834, sufrió el impacto y tardó en recuperarse; la fábrica de papel, instalada en el barrio de Las Aguas en el mismo año, quedó aniquilada; igual desastre en la fábrica de envases y vidrios planos. Y como secuela de estos y otros descalabros se postró el crédito y menguó la circulación monetaria. (Martínez, 1976, p. 115)

Según Safford, estos colombianos emprendedores pertenecían de forma clara a la élite, a familias terratenientes y comerciantes tradicionalmente respetados.

Tanto si venían de Bogotá, o de Medellín, Popayán o cualquier otra de las ciudades provinciales, lo cierto es que hasta el año de 1890 los líderes comerciales eran casi en su totalidad miembros de familias cuya posición de clase alta se había establecido antes de la terminación del periodo colonial y era reconocida en toda la Nueva Granada. (Safford, 1977, p. 52)

Para el periodo 1830-1845, Safford cita como ejemplos los casos de Ignacio Gutiérrez Vergara, inversionista en la Ferrería de Pacho constituida en 1827 en esta población de Cundinamarca, con aportes de empresarios extranjeros y algunos bogotanos y promotor de la primera feria industrial de Bogotá, nieto de un gran hacendado de la región e hijo de un abogado de la Audiencia de Santafé; de José María y Rafael Álvarez, inversionistas de la ferrería y de una fábrica de loza, descendientes de Manuel Bernardo Álvarez, Contador Mayor del

Virreinato entre 1803-1810, Presidente Dictador de Cundinamarca en 1814, y de la familia Lozano, los más grandes terratenientes de la Sabana de Bogotá al finalizar la Colonia; del Coronel Joaquín Acosta, quien invirtió parte de su capital en una fábrica de loza y una de papel, hijo del Corregidor de Guaduas y heredero de \$80.000; de José María y Ángel Chaves, hijos y nietos del Corregidor de Bosa, inversionistas de la fábrica de loza, constructores de varias carreteras y más tarde fabricantes de chocolates; de seis bogotanos, terratenientes y políticos, quienes crearon una fábrica textil que funcionó entre 1837 y 1848; y de otro grupo conformado por Ignacio Gutiérrez Vergara, José María Restrepo Sáenz y Raimundo Rivas, quien intentó antes de 1860 establecer una fábrica de textiles de lana y fábricas de jabón y velas.

1.2. Marco económico y social de las primeras iniciativas empresariales

A propósito de las iniciativas de montar fábricas en el país surgen varias inquietudes: ¿estaban dadas las condiciones para su despegue?; ¿cuál era la motivación de estos individuos?; ¿el país estaba preparado para afrontar este reto? En términos generales, se puede afirmar que no existían condiciones objetivas para el desarrollo de la industria por no haberse conformado un mercado interno, porque no existía un sistema de transporte eficiente que generara economías externas positivas, porque la mayor parte de la mano de obra no era libre, por la escasez de mano de obra calificada y porque las personas que crearon las empresas no poseían conocimientos administrativos y técnicos sólidos. Al decir de Safford, algunas de estas aventuras parecían suicidas si se analiza el estado de las comunicaciones que era muy pobre y si se toma como referencia los adelantos tan rápidos y las mejoras realizadas en Inglaterra en los sistemas de transporte y comunicación y en la técnica manufacturera. Sin embargo, a pesar de lo anterior, aunque parezca contradictorio, el incentivo se encontraba en los altos costos del transporte por el río Magdalena, en el sentimiento patriótico que se despertó en la élite dirigente luego de la independencia de España, traducido en unos deseos

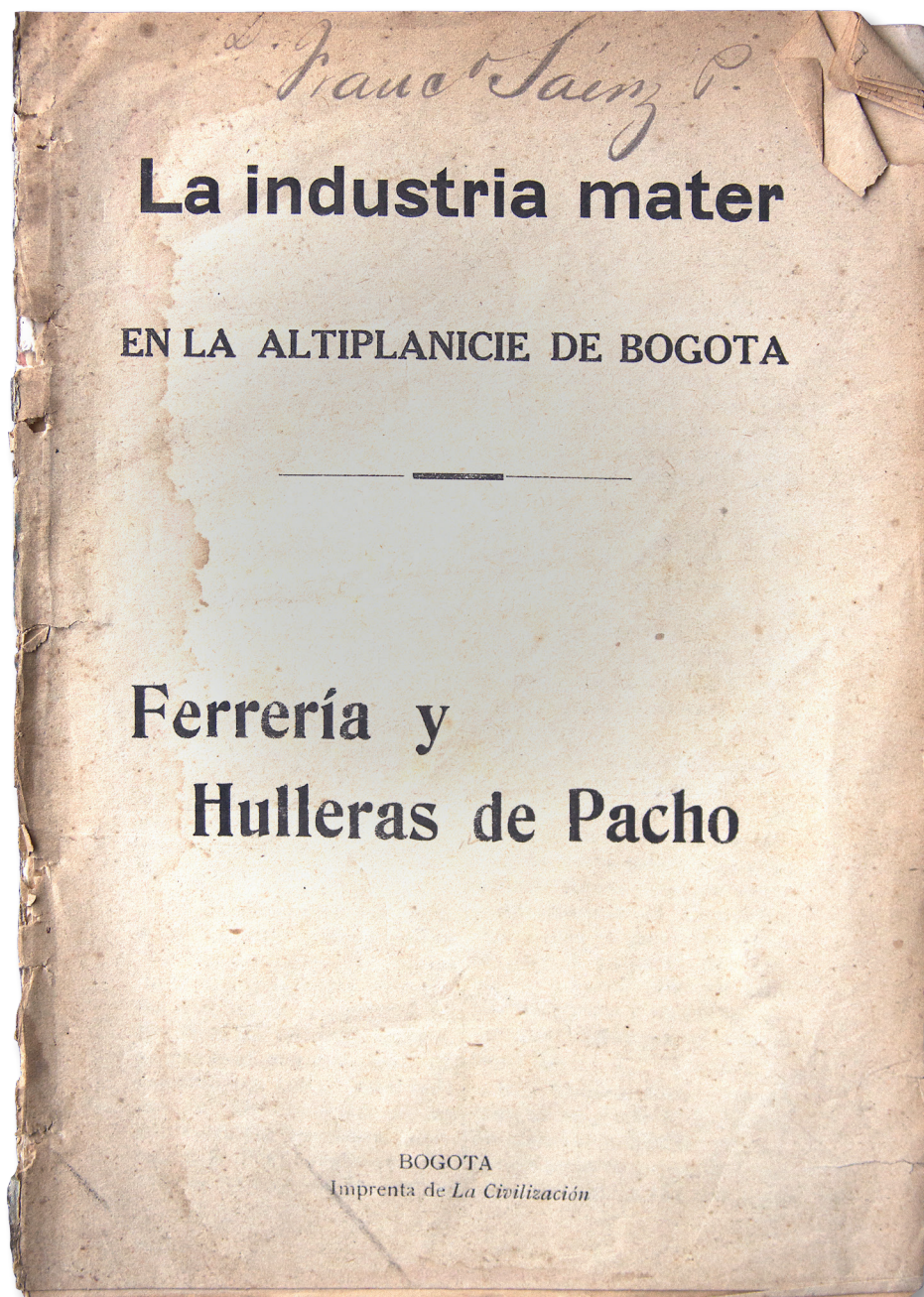


Figura 2. La Ferrería de Pacho creada en 1827. La industria mater en la altiplanicie de Bogotá. Ferrería y Hulleras de Pacho. Folleto impreso. Imprenta La Civilización. Archivo: Alberto Mayor Mora.

de desarrollo económico y político independiente, y una conciencia de que el país no debía quedarse rezagado en ningún tipo de actividad económica, y en “un sentimiento de *noblesse oblige*, pues el establecimiento de fábricas daba empleo a los muchos limosneros y vagos de la capital, y podría servir así para ‘moralizar’ la sociedad” (Safford, 1977, p. 54). Y, por supuesto, en la perspectiva de obtener una ganancia económica.

Lo que no queda claro para Safford son las razones que llevaron a la élite de Bogotá a la selección de las manufacturas que ensayaron. Si bien era fácil conseguir materias primas para algunas manufacturas —y esto posiblemente motivó a los empresarios—, para otras no lo era. Por ejemplo, para los trabajos de fundición la materia prima (madera y mineral de hierro) era de fácil adquisición; lo mismo para la industria de loza (greda y alúmina de alta calidad), para la industria textil (lana abundante) o la industria papelerera (trapos viejos y bosques). Pero distinto era el caso de la fábrica de vidrio que carecía de un abastecimiento apropiado de potasio, sodio y óxido de plomo y que tenía que importar la mayoría de estos elementos.

Además, las condiciones del mercado no eran las más favorables para los fabricantes. Así, el hierro contaba con un mercado potencial en todos los tipos de agricultura, “pero había que empezar por desarrollarlo, ya que los altos costos del hierro importado durante la Colonia habían acostumbrado a los colombianos a usar sustitutos de madera” (Safford, 1977, p. 54). Igual, sucedía con los productos de vidrio empleados ampliamente por la élite, la cual constituía un porcentaje muy bajo respecto de la población total. La loza y los textiles de lana que representaban un porcentaje mayor, tenían que soportar la competencia de las mercancías importadas de Europa que gozaban de gran prestigio. Asimismo, los productos de algodón, que eran burdos y que contaban con un mercado potencial alto, se veían abocados a una feroz competencia por parte de las telas baratas inglesas, con el agravante de que los tejedores caseros de la provincia del Socorro suministraban ya la mayor parte del mercado doméstico de textiles burdos de algodón.

1.3. Estado de las empresas manufactureras bogotanas en la década de 1830

En este apartado mostramos el rumbo que tomaron las empresas privilegiadas mencionadas. *Grosso modo*, gozaron de un momento de auge, por ejemplo, la Fábrica de Loza de Bogotá comenzó a producir a comienzos de 1834 en forma más o menos experimental. En julio de ese año sufrió un incendio. A finales de 1835 intentó producir porcelana sin éxito. En 1836 sacó sus productos a la venta. En 1837 esta fábrica se caracterizaba por contar con dos hornos *slip*, tres estufas y dos molinos de caballos, ocupaba 61 operarios del país y 4 extranjeros, además de los empleados. Tenía capacidad para abastecer el mercado nacional, y además para exportar. Desde esta época fue objeto de reorganizaciones estructurales y financieras, sin que tuviera que afrontar grandes dificultades técnicas con respecto a la producción y venta del producto. A pesar de los inconvenientes, sobrevivió hasta finales del siglo XIX,² en parte, porque se trataba de una elaboración no muy compleja y también por la tenacidad de los empresarios.

La otra empresa privilegiada, la fábrica de vidrios y cristales no contó con la misma suerte. En abril de 1837 empezó la venta de sus productos, pero los tropiezos con que se encontró (mano de obra sin calificar, materias primas que debía importar, falta de mercado) la llevaron a la suspensión de la producción en 1839. A pesar de los esfuerzos hechos por el Congreso al autorizarle el empréstito solicitado, al Ejecutivo no le fue posible concedérselo.

La tercera fábrica, de papel, constituida un mes después de concedido el privilegio a través de la Escritura No. 380 del 10 de junio de 1834 por Diego Martín Peralta, Benedicto Domínguez y José Ignacio París tampoco se desempeñó mejor. Los socios, el 17 del mes en cuestión empezaron su montaje con la compra de un molino, el terreno y el edificio donde estaba y con los enseres y herramientas. Posteriormente, el molino fue adaptado para la fabricación de papel.³

2 La historia ampliada de la fábrica se puede consultar en Ortiz (1964) y Therrien (2007).

3 Olivos (2014) quien relata la historia de la empresa anota: el 17 de octubre de 1836 el Coronel

El 20 de octubre de 1836 empezó a gozar del privilegio. Esta fábrica situada en la carrera 1ª, en el Barrio de Las Aguas en un buen edificio y que no contaba con todo el equipo para su funcionamiento, se las arreglaba con aparatos de fabricación local. En términos generales, sus problemas no tuvieron que ver con dificultades técnicas. Sus productos, aunque no eran de igual calidad que los extranjeros, servían, pero los resultados económicos no fueron los esperados. Así lo expresa Olivos (2014):

Los primeros años de vida de la fábrica no debieron estar exentos de dificultades, según se puede deducir de la nota publicada el 18 de noviembre de 1836 en el periódico *El Argos*:

La fábrica de papel, después de haber sufrido muchas dificultades y contratiempos, debe comenzar de nuevo sus trabajos en estos días. Según se nos ha informado las máquinas están bien construidas; hay operarios extranjeros que parecen inteligentes, y un acopio considerable de materiales. Todo anuncia que en breve tendremos papel abundante fabricado en nuestro país. (Olivos, 2014, p. 35)

A pesar de que luego de casi dos meses el periódico anunciaba la gran noticia a los capitalinos:

Joaquín Acosta cumpliendo con una inspección comisionada por el gobierno hace la siguiente descripción de la empresa: “Hemos visto el edificio en que se halla la manufactura construido en muy buena situación y con la capacidad más que suficiente para todas las operaciones que demanda esta industria. Las máquinas necesarias para despedazar el trapo y reducirlo a papilla están igualmente montadas. Hay agua suficiente, y la rueda hidráulica comunica el movimiento necesario, aun para un segundo molino que debe montarse. Lo único que faltan son las prensas que, aunque suplidas por una fabricada en esta ciudad, son indispensables para que el papel salga de buena calidad. Tenemos noticia segura que están las prensas extranjeras en camino viniendo de Cartagena a esta ciudad. El papel en que escribo esta comunicación es del que se ha fabricado en la manufactura de Bogotá, y del que hemos visto una resma preparada, y presenciado hacer algunos pliegos. No hay la menor duda de que esta fábrica no provea al público de papel regular si continúa trabajándose activamente”.

“Papel bogotano”. Hoy tenemos la satisfacción de presentar a nuestros lectores este número de *El Argos* impreso en papel hecho en la fábrica de Bogotá... El edificio de la fábrica es hermoso y capaz; y tan cómodamente situado, que puede decirse que está dentro de las calles de la ciudad. Las máquinas y aparatos son sólidos y perfectos. La parte de hierro de ellos ha sido traída de los Estados Unidos, y la parte de madera y otros materiales ha sido trabajada aquí por un inteligente hijo del país, el señor Antonio Rodríguez. Actualmente trabajan en la fábrica dos obreros franceses y los demás individuos empleados en las varias operaciones y manipulaciones de la fabricación del papel son todos granadinos. (Olivos, 2014, p. 35)

El 16 de septiembre de 1848 aparece en el periódico *El Neogranadino* un aviso con el título: “Espantosa catástrofe” que anuncia el final de la fábrica y en el que se dice:

La fábrica de papel de Bogotá ha puesto un depósito de sus productos para vender en la calle de los plateros, primera tienda a mano izquierda entrando por la Calle del Comercio. En consecuencia, los fabricantes se ven en la dolorosa necesidad de deshacerse de sus queridos productos así:

Papel de primera a 20 reales resma

Papel de segunda a 16 reales

Papel de tercera a 14 reales resma.

Y también se rebaja un infinito por ciento a los compradores al mayor. Vean, y aprendan a echar la casa por la ventana. (Olivos, 2014, p. 36).

A finales de 1848 los herederos del único dueño, José Ignacio París muerto el 31 de octubre venden la empresa y el privilegio a Luis Convers quien monta un molino para moler trigo. En 1852 vendió todo a Camilo Sarmiento el cual lo vendió a su hermano Joaquín, y este en 1869 vendió el edificio y el molino (Olivo, 2014, pp. 36-37). Según Olivo (2014, p. 37) el cierre definitivo de la fábrica pudo darse en 1852 o 1853.

En cuanto al privilegio concedido a la fábrica de lienzo (de algodón), esta empezó a operar a partir del 9 de noviembre de 1839. Situada cerca de la carrera 1ª en el Barrio de Las Aguas, al igual que la de papel, empleó fuerza hidráulica del río San Francisco. Además, contó con 15 telares y maquinarias para el hilado. En el mismo año aparece esta empresa vendiendo sus productos con ventaja en el mercado sobre los extranjeros, en razón a la perfección de los telares y a la buena calidad de los algodones del país. Esta fábrica funcionó hasta 1845, año en que falleció su director técnico, que era un norteamericano (Ospina, 1955, pp. 177-178, 203).

Palacios y Safford (2002, p. 335) afirman que las dificultades experimentadas por estas primeras fábricas tienen una explicación sencilla:

Ninguno de los empresarios neogranadinos tenía experiencia anterior en la manufactura, ni conocía los procesos técnicos que implicaba la producción. Por consiguiente, tenían que depender de técnicos extranjeros, no siempre confiables. Los primeros industriales de Bogotá importaban la mayor parte de su maquinaria, que a veces constaba de equipos muy pesados y costosos de transportar. Invirtieron la mayor parte de su capital en equipos de planta (en por lo menos un caso prestando ligera atención a la decoración) y subestimaron la necesidad posterior de capital de trabajo. Luego de experimentar problemas iniciales, difícilmente conseguían dinero adicional. (Palacios y Safford, 2002, p. 335)

Agregan los autores:

Además, se trataba de fábricas aisladas, creadas en un contexto en donde no existía una comunidad de mecánicos que brindara asistencia técnica. Cuando la maquinaria importada se averiaba, muchas veces no había artesanos calificados que pudieran repararla. Por último, con una población en su mayor parte pobre, una economía regional estancada y unos fletes de transporte extremadamente altos, el mercado potencial era limitado. Estas fábricas relativamente pequeñas y aisladas son sobre todo interesantes como expresión de los intentos de la clase dominante por modernizar la economía nacional. (Palacios y Safford, 2002, p. 335)

1.4. Empresas manufactureras constituidas en Bogotá entre 1830 y 1839

En la tabla 1 se relacionan los tipos de empresas manufactureras creadas en Bogotá durante la década de análisis con el año de su constitución.

Tabla 1
Empresas manufactureras creadas en la década de 1830

Nombre de la empresa	Año de creación
Fábrica de Loza de Bogotá	1832
Fábrica de cerveza	1834
Fábrica de papel	1834
Fábrica de vidrios y cristales	1834
Fábrica de tejidos de algodón	1837
Fábrica de sombreros	1837

Fuente: elaboración propia con base en la bibliografía citada.

1.5. Comportamiento de la actividad manufacturera en la década de 1840

En 1840 se crearon dos tipografías y tres imprentas. En 1841 como consecuencia del otorgamiento de nuevos privilegios por parte del gobierno nacional (suspendidos en 1837), Thomas Robinson Williams constituyó la fábrica de paños de fieltro o atiborrados, manufacturados con la máquina de su invención. El privilegio se le concedió por 25 años para que fabricara y vendiera en todo el país sus productos, con plazo de cuatro años para comenzar la producción. Este privilegio contemplaba la prohibición de introducir paños de fieltro o atiborrados durante diez años, incluso del mismo beneficiario, transcurridos seis meses de reconocida oficialmente la iniciación de la producción y la exención de los derechos nacionales

de la maquinaria que se introdujera para la explotación del privilegio. Esta empresa cerró en 1842 debido a problemas financieros.

Algunas personalidades como Benedicto Domínguez del Castillo, José Ignacio de Márquez, el Coronel Joaquín Acosta y José París, con el respaldo del gobierno, impulsaron nuevamente en 1841 la fabricación de papel muy seguramente en el local y con el utillaje de la empresa anterior a la que se aludió (Ospina, 1955, pp. 176-177). Así mismo, en ese año, Thomas Thompson creó una fábrica de cerveza. Empero, la quiebra financiera de Judas Tadeo Landínez en 1842, fue un duro golpe a la naciente industria nacional (Zambrano, 1989). El pesimismo que ocasionó esa debacle económica lo expresó el Secretario de Hacienda en su Memoria presentada en 1842 al Congreso:

Nuestro porvenir se halla en la producción de frutas tropicales para la exportación y en la explotación de las minas de metales preciosos. Son estas ramas de la industria las que pueden adquirir sin inconvenientes una inmensa extensión; y es por lo mismo en favor de estos objetos que deben hacerse los mayores esfuerzos. (Ospina, 1842, p. 145)

Si bien los estragos causados por la quiebra de Landínez a comienzos de 1842 ocasionaron daños significativos en la actividad económica, el gobierno nacional no cejó en su empeño de incentivar el espíritu empresarial para lo cual organizó una nueva exposición industrial con estímulo e incentivos a los mejores productos. Así, se premiaron a tres personas: la primera por la invención de una máquina de hacer adobes, la segunda por la invención de una máquina de hilar, y la tercera por la fabricación de pólvora.

Otro intento lo realizó una autoridad local de Bogotá con el fin de incentivar la pequeña industria hacia 1844 en la *Casa de Refugio* dependiente del municipio que albergó a mendigos dementes y a pobres de solemnidad. Para su establecimiento el municipio adquirió máquinas y materias primas con el propósito de enseñar a los internos a producir mercancías destinadas a la venta. Inició actividades con la fabricación de frazadas, camisetas, ruanas de hilo, lienzos finos y ordinarios, manteles, servilletas, cinchas, entre otros, pero al presentar problemas

por la ineptitud de los internos, al ser algunos locos, otros párvulos, se acudió a operarios externos, especialmente provenientes del Socorro. Adicionalmente, se importó maquinarias y se contrató a dos operarios italianos para que capacitaran a los reclusos hábiles y a los aprendices externos.

Además de las iniciativas del gobierno, hubo otras provenientes del sector privado como las de Pedro Richard quien inauguró una fábrica de sombreros e Ignacio Galarza que se hizo cargo de la fábrica de pólvora del gobierno. También, las del inglés Samuel Sayer quien abrió una fábrica de cerveza y Simón Espejo, una de zapatos en 1844. En este mismo año, reiniciaron labores las fábricas de lienzos de algodón y de papel y Nicolás Leiva, antioqueño, compró en su totalidad la fábrica de loza.

1.6. Empresas manufactureras creadas en Bogotá entre 1840 y 1849

En la tabla 2 se pueden observar las principales empresas creadas en la década de 1840.

Tabla 2
Empresas manufactureras creadas en la década de 1840

Nombre de la empresa u objeto social	Año de creación
Tipografía (2) e imprenta (3)	1840
Fabricación de fieltro o atiborrados	1841
Fabricación de cerveza	1841
Fabricación de sombreros	1844
Fabricación de cerveza	1844
Fabricación de zapatos	1844
Casa de Refugio (fabricación de frazadas, camisetas, ruanas de hilo, lienzos finos y ordinarios, manteles, servilletas, cinchas)	1844

Fuente: elaboración propia con base en la bibliografía citada.

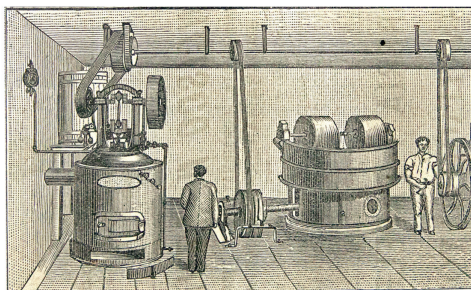
No obstante los esfuerzos de los empresarios y los privilegios gubernamentales, las condiciones no eran las mejores para la implantación de la industria en el país y de manera concreta en Bogotá. En 1844 se cerró la exposición industrial que reunía a artesanos e industriales cada año. El sendero de la economía en lo fundamental estaba trazado: “Convertir a la Nueva Granada en un país productor y exportador de materias primas e importador de casi toda suerte de manufacturas, lo que sacrificó el futuro de las manufacturas nacionales” (Zambrano, 1989, p. 147).

El lastre de la quiebra de Landínez siguió influyendo de forma negativa en la mentalidad de ciertos dirigentes y funcionarios estatales que consideraban vano todo intento encaminado a cimentar y robustecer los procesos industriales, como se deduce de la Memoria presentada a la Cámara Provincial en 1844 por el Gobernador Alfonso Acevedo, citada por Zambrano (1989).

El Sr. José Ignacio París regaló a la Casa máquinas de tejer medias, que hasta ahora nada han redundado en mejoras al establecimiento por falta de aprendices... Tuve al fin que dirigirme al ilustre Concejo Municipal (de la Provincia) del Socorro solicitando algunos jóvenes industriuosos que viniesen a la Casa de Refugio a hacer su aprendizaje, pues los reclusos, o son voluntarios, o niños que todavía no pueden manejar telares. Mi demanda fue acogida... y poco tiempo después llegaron a esta capital los jóvenes pedidos...; pero han permanecido más de un mes en la Casa, sin hacer nada y causando un gasto inútil (debido a) la falta de concurrencia del (instructor) italiano.

En concepto de la gobernación, antes que útiles son perjudiciales a la Casa de Refugio las máquinas de diferentes artefactos que sucesivamente han ido introduciéndose en ella. Ricas compañías de hombres industriuosos han procurado establecer diferentes fábricas en la capital, pero todas se hallan en decadencia o completa ruina, porque ni los capitales, ni el interés individual han podido violentar la naturaleza para que este país venga a ser fabricante antes de la época, todavía lejana, en que tenga brazos y materias primas suficientes para dar pábulo a la industria fabril. Deben, en mi opinión, venderse las máquinas para indemnizar a la Casa de los gastos infructuosos que hizo en montarlas y en hacer conducir operarios (socorranos) que regresan a sus casas sin haber aprendido nada. (Zambrano, 1989, p. 146)

De esta forma se truncó la posibilidad de sacar adelante el incipiente establecimiento de empresas manufactureras en Bogotá, calando en la opinión pública la idea de considerar como fantasiosa y utópica el fomento de cualquier proceso de industrialización en la ciudad.



Este libro se terminó de editar en
la Editorial UTADCO en el mes
de febrero de 2019

El presente libro hace una caracterización de los factores económicos, materiales, sociales, políticos e institucionales que explican el origen y el desarrollo de la industria en Bogotá entre 1830 y 1930. El objetivo es determinar las razones del bajo crecimiento del sector industrial de esta ciudad en el siglo XIX, así como también, identificar los principales factores que condujeron a que la actividad industrial de la capital colombiana se expandiera durante las primeras tres décadas del siglo XX. Adicionalmente, se pretende reconocer los principales agentes económicos fundadores y propiciadores del desarrollo del sector industrial en Bogotá entre 1830 y 1930.

El aporte de esta publicación consiste en reconstruir documentalmente un panorama general de los orígenes y el desarrollo de la actividad manufacturera de Bogotá entre 1830 y 1930 a partir de trabajos publicados sobre el tema que se ocuparon de algunos periodos parciales y la consulta de nuevas fuentes como las notariales para las tres primeras décadas del siglo XX.

A partir de este trabajo el autor esboza futuras líneas de investigación para que sean retomadas por estudiosos interesados en hacer comparaciones de los procesos de industrialización entre varias ciudades colombianas de manera que la comunidad académica elabore un cuadro más completo de lo ocurrido en el país en el periodo 1830-1930.

